

## SERMON

## PARA EL LUNES SANTO.

*¿Quid hic statis tota die otiosi?* (Matth. 20. v. 6.)

El Evangelio que os propongo, declama fuertemente contra la ociosidad: yo deberé hacerlo tambien. Llamaré ociosos á todos los que no trabajan en el camino de su salvacion. San Ignacio quiere que hagamos reflexion sobre nosotros mismos, y examinemos las resoluciones que varias veces habremos tomado de darnos á Dios: veamos si son sólidas y eficaces, ó puramente especulativas. Entremos en las miras de este punto, y sea el asunto examinar al hombre en orden al negocio de su salvacion. Empiezo.

San Ignacio distingue los hombres en tres clases, cuando los considera con respecto á la salvacion: quiénes sean estos, diganlo estos ejemplos. Supongamos que hay tres enfermos: preguntesele al primero: ¿quieres curarte? ¿Quién lo duda? cuan apreciable es la salud. El vigor, la fuerza, el buen color del rostro, el gusto sabroso de la comida, el sueño plácido y tranquilo, y de todo esto me priva la enfermedad. Pues para curarse es preciso llamar al médico. Yo no quiero médico. Pues empezad á privaros del vino. El vino me gusta sobrado. A lo menos mezcladlo con agua. Nada de esto: el agua me agrava el es-

tómago. Este primer enfermo no tiene disposiciones para salir de la enfermedad. Mil veces querrá curarse, y no se curará nunca, porque su querer es una complacencia especulativa ineficaz, que se deleita en abstracto del gran bien que es la salud; pero rehusa todos los medios de conseguirla.

Veamos el segundo enfermo; tambien quiere curarse. Es preciso que venga el médico. Venga en hora buena. Viene, y receta algunos enjuagues. No, eso es muy áspero. Pues recetaré bebidas. ¡Ah! mi estómago no puede beber brebajes amargos que resiste el paladar. Señor mio, dice el médico, la fiebre es ardiente, puede hacerse maligna; conviene quitar el fómes con remedios eficaces, y sacar alguna porcion de sangre. Señores míos, yo guardaré una rigurosa dieta, tomaré polvos y conservas delicadas, me dejaré aplicar exteriormente cuantos emplastos y apósitos se crean necesarios; pero jamás me dejaré purgar ni sangrar. ¿Estará este segundo enfermo con disposiciones para curarse? Señores, no. El se acomoda á algunos remedios; hace mas que el primero, pero no llega á hacer todo lo necesario; y para curar su enfermedad, se necesita algo mas que polvos.

El tercer enfermo dispuesto á curarse, le dice resueltamente al médico: Señor, recete usted lo que le pareciere mejor; sangrenme, vengan purgas, apliquenme fuego y hierro, si lo juzga necesario. ¡Oh! este sí que está bien dispuesto; curará pronto y bien. Ahora, pues, veamos la diferencia que hay entre estas tres voluntades.

La primera es especulativa é ineficaz: la segunda eficaz, pero insuficiente: la tercera es eficazísima, y alcanzará prontamente su fin. Por esta regla, que es infalible, midamos nuestra voluntad y resolucion.

No hay pecador tan perverso, que no diga que se quiere salvar: ni tan metido en el lodazal de los vicios, que no desee limpiarse. El mundo está lleno de voluntades especulativas é ineficaces. El paraiso agrada á todos, y el pecado suele alguna vez ser abominable á los ojos del mismo que lo comete. Y si yo hallo en mí una abominacion especulativa al pecado y nada mas, una complacencia ineficaz para la salvacion, ¿tendré aquella voluntad, aquella resolucion que tenia el primer enfermo, y que han tenido todos los condenados? ¿Qué diriais de aquella señora, que teniendo en su guardaropa las muestras de las telas mas finas y delicadas, estuviese vestida de giras y andrajos? ¿Qué pensariais de aquel que teniendo diseños de alcázarés soberbios, y magníficos palacios, habitase en una choza ó en una rústica cabaña? ¿que meditando y delineando suntuosas carrozas, caminase siempre á pie? No se da el paraiso á los proyectos, sino á las obras.

Pero yo, dice el pecador, cuando oigo hablar de la eternidad y del infierno, me estremezco, palpito, tiemblo. Pues dejad esa ocasion. Mortificad aquella pasion que puede llevaros al infierno. Ya lo digo, yo tengo intencion de mortificarla. Idea especulativa, miedo especulativo. Por el contrario, dice otro: al oír la pintura del pa-

raiso hecha por un diestro orador, al contemplar aquella armonía, aquella belleza, me entremezco, lloro de pura consolacion. Mi corazon arde en amor de mi Dios: parece que me devora la caridad. Y bien, ¿por el amor de Dios sufrís aquella palabra? ¿tolerais aquella injuria? ¿perdonais al enemigo? ¿dejais la ocasion próxima? ¿obedeceis? ¡ó padre! eso no. Ternura especulativa, llanto ineficaz, todo semejante al primer enfermo. No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, dice Jesucristo, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en la gloria. Si un turco, ó un hereje, aprendiendo con viveza la eternidad y el infierno, se estremece, ó se conmueve, si persevera hereje ó turco, con todos sus estremecimientos y ternura se irá al infierno.

Conozcamos, pues, que así como el querer curarse sin ningun remedio, es una simple y especulativa complacencia de la salud; así el querer salvarse estando ocioso y sin trabajar, es una voluntad estéril é ineficaz, que no conseguirá su fin. Pero yo pongo algunos medios. ¿Y cuáles son estos? Rezo el oficio divino ó el oficio parvo, diariamente rezo el santo rosario, oigo misa, doy alguna limosna, ayuno muchos dias, no entro en esas enormidades graves que asombran, y no soy un vicioso habitual. ¿Y es preciso para irse á los infiernos, cometer sacrilegios enormes, pecados horrendos, y ser criminal de costumbre? ¿No basta un solo pecado mortal para arruinar nuestra alma? ir al infierno por mil pecados, ó ir por uno solo, ¿no es todo condenarse eterna-

mente? Que un edificio se aplome porque lo destruya un rayo, ó porque la carcoma haya roído las maderas, ¿no es todo venirse abajo? Que un navío se sumerja por una fiera borrasca, ó porque poco á poco haga agua, ¿no es todo naufragar miserablemente?

Otro dirá: la víspera de recibir la sagrada comunión, me guardaré de tener satisfacciones con aquella persona por quien tengo una pasión tan viva. No basta dejar las satisfacciones por un solo día, es preciso dejarlas para siempre. Pues las dejaré en todo aquello que es culpa grave. Pero enseña la experiencia, que el ataque de la culpa es fuerte, la resistencia que opone la virtud es débil, y muy pronto encontrareis un fuego en vuestra casa, que no estais ya á tiempo de apagar. Es preciso dejarlo del todo, y dejarlo presto. Pues yo no tengo ánimo de hacer tanto. Yo os digo que no teneis voluntad eficaz, porque no haceis lo que basta.

Y dice otro: gracias infinitas sean dadas á Dios, estoy libre de los pecados que se inducen por los sentidos; pero en punto de honor soy delicadísimo, resentido hasta el extremo. Si no haceis desvanecer este humo, no estais dispuesto para recibir la salud de vuestra alma. Perderse por la insuficiencia, y perderse por la venganza, todo es perderse; nada manchado entrará en el reino de los cielos. Esto es hecho con palabras. Nada excluye, ningún pecado. Y no basta aquello que dicen algunos aun en la confesion: Yo no robo, yo no blasfemo, pues eso solo no basta á condenarme. En este segundo estado se hallan muchas per-

sonas, aun de aquellas que pasan por buenas, y se reputan por devotas. ¿Pertenece yo á esta clase? Yo me comparo con muchos impíos libertinos, y porque no hago lo que ellos hacen, porque mi vida no tiene parangon con la suya, me lisonjeo de que voy bien, y que conseguiré mi último fin. ¡Ay miserable! Hago alguna cosa, pero no hago todo lo que basta. Mi negligencia en el servicio de Dios, la facilidad en cometer las culpas veniales, el vacilar, el inclinarse, el caer algunas veces en pecados mortales, muestran bien que no tengo voluntad eficaz de salvarme.

Y luego es para subir á una elevada torre, donde no quiere subir ningún escalon; y es todavía mas inepto el que solamente quiere subir dos ó tres. Es preciso subirlos todos; y no me diga este segundo: yo hago mas que el primero. Haces mas, es verdad; pero no haces lo que basta. El que quisiera ir á un punto, donde hubiese sesenta leguas, y dijese: quiero no mas hacer veinte leguas de camino, nunca llegaria á él. Esto no basta; desde que el mundo es mundo siempre ha sido así, y Dios no quiere ahorrar el camino ni dos pasos en obsequio nuestro: decid lo mismo de la salvacion.

Los que están en este segundo estado, están en peor disposicion que los primeros. Porque estos no hacen nada para salvarse, mas es fácil que alguna vez horrorizados de sí mismos reconozcan su erradísimo y superlativo error, y se conviertan; pero el que hace alguna cosa por su salud, es fácil que se persuada que hace todo lo que debe, y que viviendo en este engaño se precipite y se

pierda. De hecho, ¿no se ven algunos pecadores de marca volver alguna vez sobre sí, y hacer una conversion prodigiosa, con una notable diferencia de vida? En vez de que es muy raro que ciertas almas mediocres adelanten un paso y se deslicen en el camino de la gracia: señal clara de que piensan que van bien, y que hacen cuanto basta para salvarse. Hay un camino, dice el Espíritu Santo, que le parece derecho al hombre, y sus extremos le llevan á la perdicion. ¿Qué camino es aquel que puede parecer recto y bueno? ¿será el que caminan los de la primera clase? No; porque el que nada hace para conseguir el fin, no lo consigue; hasta los que pertenecen á la segunda clase, son aquellos que les parece que caminan bien y van en derechura al abismo. ¡O qué estado tan infeliz!

Las mismas cinco vírgenes del Evangelio pueden servirnos de ejemplo. Ellas hicieron algo bueno, dieron algunos pasos para salvarse, fueron todas vírgenes; esto acaso no era mucho. Todas diez salieron al encuentro al esposo; todas diez tuvieron por algun tiempo las lámparas encendidas; y con todo, esto no bastó, ni hubieran tenido una respuesta tan terminante y tan seca. *Nescio vos.* No os conozco, quedais excluidas del reino de los cielos. En el diez y ocho del Apocalipsi, leemos que Dios alaba al obispo de Efezo, porque habia hecho muchas obras buenas, y sin embargo, le manda hacer penitencia, porque aquellas no eran bastantes, y le amenaza aun mayor caida; si estas almas tibias en el servicio de Dios, que pertenecen á esta segunda clase, fi-

jan su consideracion en sí, en las culpas graves en que caen otros, y de que ellas se guardan; y de aquí se infiere, que no deben hacer penitencia. Así mismo lo decia el fariseo: *Domine, non sum sicut alii homines.* Por esto será mayor su confusion en el juicio. ¡Ah! dirán, por poco mas que yo hubiera hecho me hubiese salvado; porque no hice eso poco, me veo precipitado al infierno.

¿Pues qué bastará para salvarse? resolucion generosa, práctica eficaz. Alma mia, quiero salvarte, y digo quiero, con ánimo resuelto de obedecer en todo, y de seguir en todo la voz dulce de mi Dios. Confirmame, Señor, en mis propósitos. Quiero, quiero salvarme, y en vuestro auxilio espero permanecer siempre en mi querer. En todo me dirigiré por Vos, y por quien hace vuestras veces en la Iglesia. Obedeceré ciegamente al confesor en cuanto me ordene. Ya no prestaré oido á las voces de mi sensualidad. Dejaré todo pecado, y me alejaré de aquella ocasion que podia hacerme recaer. Quiero salvarme, y pues lo quiero eficazmente, quiero que Vos me faciliteis todos los medios para conseguir este fin.